

Desventuras terapéuticas de la razón moderna*

Marta Graciela Trógolo*
Facultad de Humanidades – U.N.N.E.

Estas meditaciones parten de mis ansias de saber por qué la filosofía actúa en mí como salvífica, tanto en los momentos en los que transito por situaciones límites, como en aquellos en los que necesito canalizar mis deseos. O sea, por qué la filosofía reviste ese doble carácter de, cual si fuera religión, ofrecerme una “cura” espiritual mediante la evanescencia de todo ser mundanal y, cual si fuera terapia, atrapándome en el intento de des-velar sus enigmas, olvidándome de mí. Por qué recurro a la religión y a la filosofía para calmar mi alma en crisis, si ninguna de las dos impide el enfrentamiento con una libertad en cuya trampa siempre *soy y estoy* por el mero hecho de vivir. ¿De qué quiero curarme? ¿De la impotencia que siento ante los límites impuestos por la realidad que me supera, o de mi soberbia de querer traspasarlos con mi pensamiento?

Entonces yo, hija dilecta de la civilización de la palabra verdadera que me hará libre y bajo el influjo de la ancestral duda que hace tambalear esa creencia, hago el diagnóstico de mi enfermedad: *la palabra* que unida a la verdad me da la libertad de ser conciente de mis *límites* en *esta* vida. Ahora, como la conciencia de tal enfermedad es condición necesaria, pero no suficiente para operar la cura, es menester no sólo encontrar el antídoto eficaz para enfrentarla, sino también y en caso de pronóstico de recaída, arbitrar los medios necesarios para paliarla.

Inicialmente, el remedio más próximo es acudir a lo que otros, que me precedieron en la búsqueda, pensaron antes que yo y que, aunque en su momento pensé junto a ellos, por eso de la anamnesia del conocimiento se me olvidó, por lo cual es recomendable ahora contraponer a ella el ejercicio del recuerdo. La memoria histórica apunta claramente a que el lenguaje actúa como bisagra sobre la que gira todo cambio ideológico y epistemológico que aspire a una expresión metódicamente especulativa, por lo que

* Sobre idea tomada del curso de postgrado dictado por la Dra. Susana Maidana: *El carácter terapéutico de la filosofía moderna: el escepticismo, la crítica del lenguaje y sus resonancias actuales*. Descartes, Berkeley y Hume. Rcia, julio del 2006.

*martatrogolo@hotmail.com

no es casual que hoy –igual que ayer en los momentos de crisis- retomemos la reflexión sobre ese permanente resurgir de la conciencia lingüístico-subjetiva de la filosofía de Occidente.

La filosófica moderna se instaura a partir de la crítica de los supuestos metafísicos sostenidos por la tradición medieval y de la desconfianza depositada por el Renacimiento en la razón, es decir que frente al dogmatismo racionalista se alzaría como escepticismo relacionado a un conocimiento que, basado sólo en la autorricas de fe, pretende científicamente dar cuenta del mundo y de la naturaleza humana en su totalidad.

Al decir de Heidegger¹, la visión metafísica era una forma diferente de ver y de interrogar a la realidad, de interpretar la existencia y concebir la verdad como coincidentes entre sí y con la revelación: la palabra *dice* las cosas.

El hombre medieval y no Hermes, resulta ser así el intérprete del mensaje divino, papel que se arrogará la Iglesia reverdeciendo la antigua disputa sobre los *universales* y ante la necesidad de demostrar racionalmente una fe, que sea portadora única de la verdad a difundir. Posición siempre cuestionada, que llevará a Santo Tomás a mediar en ella con un realismo moderado, con el cual no sólo mantiene la vigencia de aquellos, sino que también salva la posibilidad de mentar y transmitir a través del lenguaje al que, al habitar en el interior del hombre no era objetivamente comunicable. Posteriormente, esa interioridad agustiniana y el resurgimiento del nominalismo, junto a la postura separatista de los dos “reinos” de Ockham, darán pie a Lutero para soslayar a la Iglesia en el ejercicio de monopolio de la interpretación de la palabra. Esto dará lugar a la reclusión de la fe en una intimidad -devotio moderna- en la que no sólo cada individuo, sino también cada Estado tendrá su religión.

Lo dicho, que redundaría en el logro de la *autonomía religiosa de la conciencia individual*, será el estandarte traicionado de la Reforma y es lo que vivirá Hume como intolerancia religiosa. Pero no es la única, el absolutismo reinante lucha para mantenerse frente a un ya irrefrenable librepensamiento, que instala la sospecha acerca de la gramática que mantiene esas formas de vida. Sospecha que en Descartes asume el ropaje de la duda, ante la evidencia de que nadie más puede pensar por él y en Hume se disfraza de escepticismo respecto del lenguaje y su poder de referencia al mundo, de mención de verdad sobre la realidad y de producir su conocimiento.

¹ HEIDEGGER, M. *La época de la imagen del mundo*, en “Sendas Perdidas”, Trad. J. Rovira Armenguel. Losada, Bs. As. 1960.

Ahora, Descartes para certificar su *cogito* buscará refugio en las ideas innatas producidas por Dios, Hume se atreverá a negar a ambos e irá más allá: sin experiencia no hay percepción y sin ésta no hay ideas. La sola razón no puede testimoniar al mundo, necesita recurrir a la naturaleza humana provista de sentidos para hacerlo, por lo que la ciencia será definitivamente producto decible de una fuerte impresión causada por ellos en mí. Todo lo existente es individual, no hay ninguna naturaleza común como fundamento de las cosas, ni identidad posible de algún yo que pudiera permanecer a pesar de los cambios. Si lo hubiere, tendrá que responder a la pregunta ¿de qué impresión proviene?

¿De cuál proviene el lenguaje? De ninguna, si los nombres son *sine re substante*, es el poder que la mente tiene de producir una adecuada idea –copia debilitada- simple de las cosas que la impresionan y subsumir lo semejante bajo un concepto convencional. Los pretendidos *universales* son una conexión necesaria de ideas semejantes asociadas y relacionadas entre sí, una colección ficcional de ideas, un invento de la imaginación humana, conservado por el hábito y las creencias. De esta forma, mediante el lenguaje, Hume critica la falsa metafísica, junto a sus pretensiones de universalidad y de adecuación con la realidad, con lo cual hace mella en su época y se ubica, en un lugar de privilegio dentro de la posteridad.

Entiéndase, ni Descartes ni Hume desestiman la metafísica, el primero pretende refundarla sobre nuevas bases y el segundo sustituirla por una verdadera. Lo cual da a entender que no hay ruptura alguna, sino continuidad de pensamiento entre lo medieval y lo moderno: destronar a Dios requiere reponerlo, no hay reino sin rey, alguien tiene que hacer las veces de... Así, se ingresa a un nuevo período en el que el hombre como sujeto, asume el rol de aquel, transformándose en el fundamento de todo lo existente y concibiendo su verdad coincidente consigo mismo; a posteriori: filosofía de la conciencia o de la subjetividad, *nueva* metafísica, precursora del *individualismo* actual.

Dentro de este contexto, Hegel se inserta como idealista absoluto, aunque yo estimo que depende de dónde se lo mire. Él confiere al pensamiento sólo el derecho que le otorgan los hechos –certeza sensible- y ¿hay algún hecho superior al *yo pienso*? Así, Dios (desactivado por Hume) es un hecho –un Ser- que, en tanto producto de mi pensa-

miento¹ se mantiene bajo una total abstracción e indeterminación, en la que no puede permanecer y tiene que manifestarse, para ello necesita existir y lo hace en el tiempo – Cristo-. Es la salida del en-sí de la subjetividad para objetivarse en obras, haciéndose otro. A través de la *Fenomenología* como *ciencia de la experiencia de la conciencia*, la subjetividad abandona su solipsismo para objetivarse en lo otro: la Historia, el Derecho, el Estado y luego retornar al punto de partida ya convicta de ser en-sí y para-sí, es decir Espíritu Absoluto. Por ello, en la *Lógica* hegeliana, la identificación entre ser y pensar es total; lo pensado *es* en toda su variedad, multiplicidad y diferencia –incluyendo la “despreciable realidad”-, y puede ser dicho en concepto; éste es pensamiento, Razón y Espíritu finito e infinito que en la idealidad son uno y el mismo siempre.

Ahora, esta formidable concesión de *plenitudo potestatis* al conocer y obrar humano, mediante los cuales el Espíritu marcha hacia la autoconciencia de su libertad, tiene un límite dado por la providencia y ejecutado por la Razón a través de “astucias” que hacen creer al hombre que hace su voluntad, cuando en realidad sólo está cumpliendo con un destino prefijado.

También, destino del ser natural es sentir pasión y dejarse embriagar por ella, ahora si ésta lo ha conducido por un buen o mal camino lo juzgará la historia y ésta lo decidirá en función de los planes trazados por la Idea que es Dios y que ya eligió a los predestinados para su mayor gloria. Por ello, no hay “deber ser” que se pueda imponer a realidad alguna.

Hegel obrará así de rara conjunción entre idealista y realista, convirtiéndose además, en un pionero del pensamiento sobre un lenguaje que, junto a la tradición serán los factores determinantes para la construcción de la identidad de un pueblo –la Nación-. Claro, él no descrea de la metafísica ni en su poder absoluto de unificación, aunque estima que es la guerra la que ostenta el carácter de catártica, no sólo para mantener la paz dentro del Estado, sino también para afirmar su soberanía y supervivencia frente a otros.

Ahora, si de terapia se trata, podría impunemente eludir a Kant: No, y ¿es esta inversión histórica ocurrente? Tampoco.

Explico: Kant, quizás por su conocimiento de Hume, supo ver y expresó mejor que nadie cuáles son los límites del conocimiento humano -sin hacer hincapié en el len-

¹ Esto no es nuevo, sin tantos remilgos ya había sido expuesto por San Anselmo en el argumento ontológico de la existencia de Dios y retomado por Descartes e invalidado por Kant aduciendo el salto de lo lógico a lo onto.

guaje-, impresos de antemano en su ¡Atrévete a saber! Lo cual junto a su “Tuve que abolir la ciencia para salvar la fe”, conducen al abandono de la metafísica tradicional para fundamentar el conocimiento -reservado al limitado entendimiento- y al ingreso a una nueva metafísica, producto de una razón que puede pensar lo ilimitado, aunque sólo sea bajo la apariencia de ilusión.

Cuando todo lo que el hombre encuentra en el mundo es condicionamiento y limitación, Kant lo abre a la posibilidad de hacer catarsis mediante una filosofía que lo libera de ambos. Las condiciones desaparecen frente a un pensamiento que vuela a pesar y a sabiendas de su destino finito, pero con el cual y por un momento participa rozando la infinitud acariciada.

Con esto -por eso lo dejé para el final-, Kant es el punto de fuga de la dialéctica hegeliana, hay “deber ser” y nada impide que sea una meta humana, aunque para lograrlo haya que sacrificar intereses y emociones. Con el pensamiento se puede aspirar al cambio, canalizar el deseo de un mundo mejor posible, sobrevolando los límites impuestos por la “despreciable realidad” hegeliana.

Luego de este tránsito por la razón moderna, de la exposición de sus *desventuras* para alertarnos acerca del problema de la verdad del conocimiento humano, de la denuncia de su inserción en los límites impuestos por su lenguaje y del revestimiento de la filosofía sólo como terapia liberadora, a través del reconocimiento de esos límites como mal que no tiene cura; confieso: soy la araña que teje la tela, pero también soy *spiderman*, soy librepensante, vuelo mientras tejo conformando la trama de la vida en la que estoy inserta y ya despojada de todo privilegio sobre el animalito –¡estamos en el siglo XXI!-.

Y *puedo*, porque soy tanto heredera legítima de la civilización de la palabra que me promete la libertad a través del conocimiento, como de la duda que carcome permanentemente la promesa. De ahí el para qué el psicoanálisis y para qué la filosofía. Son antídotos, el primero es como un juego en el que juego a des-velarme sin represor alguno por un rato y me divierto; la segunda es la que me sos-tiene –en la literal acepción del término- y la que me mantiene ocupada meditando sobre esa mezcla de promesa-duda que hace de mi libertad un sentimiento ambiguo entre ficción –ilimitada- y realidad –limitada-.

Entonces, ¿y el lenguaje? ¡Oh el lenguaje! Único medio posible para paliar la incomunicación entre lo decible y lo indecible, lo visible y lo invisible, el decir y lo dicho, mi pensamiento y la acción voluntaria por el que “puedo hacer cosas con palabras” según me dijeron; agregaría: cuando puedo. Porque, y *siempre ya ahí* estará el represor, la religión, la filosofía y el mismo lenguaje, para recordarme que sólo en medio de todo eso soy mujer, por lo que para mí lo peligroso es caer en la trampa de creerme paloma y sentir que puedo volar sin necesidad de esos instrumentos y su poder simbólico de representación para dotar de sentido mi realidad. Moriré atrapada interpretando la tela-trampa de la vida que todos han y seguirán tejiendo, o por lo menos los concientes de que *eso* es lo único universal y humano por derecho propio.